

# SANTIAGO LINIERS Y BALTASAR HIDALGO DE CISNEROS, MARINOS Y VIRREYES DE RÍO DE LA PLATA

Manuel LUCENA GIRALDO  
Instituto de Historia, CSIC

## I

La historia del virreinato del Río de la Plata resulta, si la comparamos con la de Nueva Granada, Nueva España y Perú, breve en el tiempo pero intensa en acontecimientos. Es posible que esta diferencia sustancial respecto a los otros virreinos americanos venga determinada por sus distintos orígenes. Tanto el virreinato de Nueva España, que se construyó sobre la multisecular civilización mesoamericana y los restos del imperio azteca, como el del Perú, asentado en las tradiciones y las instituciones de los Incas, se localizaron en áreas nucleares interiores y se apoyaron en las estructuras estatales, divisiones sociales y entramados urbanos indígenas preexistentes. La Nueva Granada, en cambio, nació de manera definitiva en 1739 para defender mejor la fachada norte del continente suramericano y vino a expresar el triunfo de la naturaleza sobre la voluntad humana, ya que impuso una organización territorial de la fachada del Caribe de norte a sur, en detrimento del proyecto de hacerlo de este a oeste, sobre el Caribe, como se había pretendido en el siglo XVII. En cuanto al virreinato del Río de la Plata, establecido en 1776, nació como consecuencia de la intensificación de los vínculos atlánticos en el seno del imperio español, y mostró tanto la pujanza de Lima frente a Buenos Aires en el tráfico de la plata peruana, antes orientada hacia el Pacífico, como el fortalecimiento e integración de una región transitada y habitada de manera simultánea por los portugueses del expansivo Brasil bambalino y los británicos que utilizaban la ruta del cabo de Hornos (1).

---

(1) CÉSPEDES DEL CASTILLO, G. (1983): *América Hispánica (1492-1898)*, Barcelona, Labor, p. 55 y ss.

Con esta motivación marítima en su nacimiento y su evolución inicial, tan opuesta a la seguida por la Argentina del siglo XIX, que construyó su mitología nacional sobre la figura del gaucho y la llamada «conquista del desierto», es decir, la guerra «nacional» contra los indígenas de las fronteras, no resulta extraño que fueran numerosas veces servidores de la real armada los elegidos para servir el cargo de virreyes, con la singularidad de que en la coyuntura más decisiva, entre 1807 y 1810, fueron precisamente dos de ellos, Santiago Liniers y Baltasar Hidalgo de Cisneros, quienes ocuparon ese puesto.

## II

Como hemos anotado con anterioridad, la creación del virreinato del río de la Plata respondió a varias razones, todas ellas dirigidas a lograr el fortalecimiento del sistema administrativo, defensivo y económico de una región hasta entonces marginal del imperio español en América, de acuerdo con las premisas clásicas del reformismo borbónico (2). La razón lejana de su establecimiento fue la firma del tratado de Utrecht en 1713, que provocó grandes cambios en las relaciones de poder entre las potencias europeas. Terminada la guerra de sucesión española, los intereses de Francia y Gran Bretaña adquirieron un marcado carácter colonial, y el control de las vías de comunicación y especialmente del estrecho de Magallanes cobró un enorme valor. Aunque la política de regeneración mercantil y naval sostenida durante los reinados de Felipe V y Fernando VI logró eliminar algunas de las mayores limitaciones impuestas por la presión francesa y sobretodo británica a la monarquía hispánica, la derrota franco-española en la guerra de los siete años en 1763 empeoró su situación. Además, Portugal, poderoso aliado británico, entró por entonces en una etapa de agresivas reformas que en Brasil implicaron entre otras medidas la expansión hacia las fronteras, la ocupación de los antiguos pueblos de las misiones jesuíticas y la aproximación a Sacramento. Por otro lado, desde comienzos de siglo el río de la Plata y Brasil se habían convertido en la puerta trasera por la que se desviaba parte de la plata altoperuana del control español. De manera relacionada con este fenómeno, Buenos Aires se transformó en el puerto funda-

---

(2) LYNCH, J. (1991): *El siglo XVIII*, Barcelona, Crítica, p. 301 y ss.

mental de la región, a pesar de las restricciones que impidieron hasta la promulgación del reglamento de comercio libre de 1778 su tráfico legal con España. Así, podemos concluir que la decisión de crear el nuevo virreinato se produjo por una mezcla de motivaciones estratégicas, de índole económica y de racionalización administrativa.

En 1776 Carlos III firmó la cédula por la que se nombraba a Pedro de Cevallos virrey del Río de la Plata, además de capitán general. Cevallos, un brillante militar que había ocupado el cargo de gobernador de Buenos Aires entre 1757 y 1766, era un gran conocedor de la región, y ya en 1762 había logrado arrebatarse a los portugueses la colonia de Sacramento. El nombramiento le otorgó jurisdicción sobre las provincias de Buenos Aires, Paraguay, Tucumán, Santa Cruz de la Sierra, Potosí y todos los distritos de la audiencia de Charcas (3). El Alto Perú podría haberse mantenido como parte del virreinato del Perú; sin embargo, la experiencia de Cevallos durante la década anterior, en la que había intentado oponerse a la presión portuguesa desde Brasil, así como el auge del contrabando, explican su integración en el nuevo virreinato, que nació entre vientos de guerra. En noviembre de 1776 Cevallos, tras tomar posesión de su cargo, se incorporó a una gran flota de 115 barcos y 9.500 hombres destinada a Buenos Aires. Antes de llegar a su destino, la expedición arrebató a los portugueses la isla de Santa Catalina y Sacramento. En su mandato como virrey, que duró apenas dos años, Cevallos permitió que las minas del Alto Perú fundieran el mineral en Potosí en vez de obligar a que este proceso se llevara a cabo en Lima y fomentó el tráfico de mercurio desde Huancavelica para sustituir el importado desde Almadén, a fin de impulsar la producción argentífera. Pero sin duda lo más importante de su gobierno fue el final del monopolio comercial gaditano, que hizo posible el comercio entre 35 puertos americanos (Buenos Aires entre ellos) y 14 peninsulares. Con todo, la verdadera consolidación del virreinato se produjo durante el mandato del segundo virrey, Juan José de Vértiz. Si Cevallos fue más capitán general que gobernador, Vértiz –también militar de carrera– destacó por sus dotes de gobierno más que por su faceta castrense. A él se debe la verdadera reorganización del sistema administrativo de la nueva jurisdicción, ya que a partir de 1782 estableció las intendencias para mejorar el control fiscal y económico. Vértiz

---

(3) SANZ TAPIA, A. (1994): *El final del tratado de Tordesillas: la expedición del virrey cevallos al río de la Plata*. Valladolid, Sociedad y Centenario del tratado de Tordesillas, p. 77 y ss.

también dictó disposiciones para favorecer la explotación de tierras baldías, promovió una mayor explotación de los recursos mineros del Alto Perú –que llegaron a alcanzar niveles de extracción similares a los del siglo XVI– y sentó las bases de la industria regional de salazones.

En esta etapa, Buenos Aires creció hasta convertirse en un centro urbano de más de 37.000 personas, cuyas condiciones de vida mejoraron con la fundación de la hermandad de la caridad, el protomedicato, el real colegio de San Carlos, la primera imprenta –de los niños expósitos– y una casa de comedias. También fueron objeto de mejora las fortificaciones de las principales ciudades, como Montevideo, a la vez que se favorecieron los asentamientos en otras nuevas, como Monte, Chascomús, Ranchos y Navarro. Las disposiciones virreinales apoyaron las expediciones en la Patagonia, que permitieron el reconocimiento de la costa, y la fundación de San José y Carmen de Patagones. Del mismo modo, hubo esfuerzos colonizadores hacia la región del Chaco y Entreríos. Otros hitos de este gobierno fueron la apertura de la navegación del río Bermejo hasta la ciudad de Salta y el envío de una expedición al Alto Perú para sofocar la rebelión de Túpac Amaru.

El marqués de Loreto, un militar sin experiencia de gobierno, fue el sucesor de Vértiz. Como él, se ocupó del ajuste del sistema de intendencias, promovió las actividades agrícolas y ganaderas y luchó tenazmente contra el contrabando; en 1785 estableció la audiencia de Buenos Aires. El siguiente virrey, Nicolás de Arredondo, asumió el cargo en 1789. Militar y con gran experiencia en América e Italia, impulsó la colonización de la Patagonia, apoyó las expediciones encargadas de fijar los límites con Portugal acordados por el tratado de San Ildefonso de 1777 y dictó normas para promover la minería, la ganadería y el comercio, que incluyeron la fundación en 1794 del consulado de Buenos Aires. Tras su regreso a España en 1794, asumió el cargo de virrey Pedro Melo de Portugal, que se esforzó sobretodo en estabilizar las fronteras con los pueblos indígenas y explorar la costa patagónica. En el terreno económico, aprobó disposiciones para el almacenamiento de harina y trigo con el fin de evitar el contrabando, logró el incremento del comercio con la llegada de barcos procedentes del Pacífico y trabajó en el fortalecimiento de las defensas de Montevideo en años conflictivos de guerra en Europa.

El siguiente virrey, Antonio Olaguer y Feliú, también era militar y tenía amplia experiencia en la región, ya que había ocupado el cargo de ins-

pector de tropas en Buenos Aires y Montevideo. Olaguer hizo frente a la amenaza luso-británica, promovió la colonización patagónica, permitió el comercio con naciones amigas y neutrales y tomó medidas preventivas contra los efectos del clima revolucionario extendido como consecuencia de la revolución francesa. En 1799 fue relevado por el marqués de Avilés, que había sido gobernador y capitán general de Chile. Su gobierno se caracterizó en particular por el intento de pacificar la frontera con los indígenas a través de una política de conciliación, basada en la concesión de tierras para su uso y disfrute. También apoyó la industria ballenera haciendo valer los derechos de España sobre las islas Malvinas, donde se mantenía un destacamento desde 1774, y se preocupó por mejorar la situación de las antiguas misiones guaraníes. El sucesor de Avilés, promovido en 1801 al virreinato peruano, fue Joaquín del Pino, militar y cartógrafo con amplia experiencia, ya que vivía en el Plata desde 1771 y había sido gobernador de Montevideo y de Charcas. Durante su gobierno se mejoraron las obras públicas de Buenos Aires, se fundaron los primeros periódicos –*Telégrafo mercantil* y *Semanario de agricultura y comercio*– y se creó la primera cátedra de medicina. Esta constructiva etapa llegó a su final de modo abrupto a principios del siglo XIX, ya que el proceso de desintegración del imperio español, acelerado por la evolución del conflicto europeo tras la llegada al poder de Napoleón, marcó el desarrollo posterior de los acontecimientos. Tras el desastre de Trafalgar en 1805, el virrey Rafael de Sobremonte se vería obligado a oponerse a un ataque inglés sobre Buenos Aires solo con las fuerzas a su disposición. Así, de una manera insospechada, el marino Santiago Liniers entraría en la gran historia del Río de la Plata, al convertirse en el héroe de la reconquista hispánica del virreinato.

### III

«Alegre, intrépido, ligero, pródigo de su sangre y de su bolsa, sincero hasta la imprudencia y bueno hasta la debilidad, coronel eximio y mediocre general, capaz de volver a ganar con su arrojo la batalla perdida por su irreflexión, devoto del rosario y amigo del galanteo, no destituido de talento y lectura, un tanto pagado de su elegancia y nobleza, pero con un don de simpatía irresistible, y asentando todas estas prendas amables sobre un fondo incommovible de honor y probidad, a manera de ciertas plantas de adorno

cultivadas sobre un subsuelo de granito: tal era el airoso “aventurero” que una calaverada juvenil arrojó al servicio de España, y una inspiración feliz sacó más tarde de la oscuridad para elevarle al mando del virreinato» (4).

Éste es el magnífico retrato que el gran historiador Paul Groussac hizo de Santiago Liniers y Bremond, caballero de la orden de San Juan y de Malta, capitán de navío de la real armada, gobernador y capitán general y antepenúltimo virrey del Río de la Plata. Nacido en la ciudad francesa de Niort el 25 de Julio de 1753, fue hijo de Jacques de Liniers, oficial de Marina, y de Enriqueta de Bremond, y su extraordinaria carrera comenzó al ingresar en la orden de Malta como paje del gran maestre Manuel Pinto de Fonseca, después de cursar estudios con los padres del convento del Oratorio (5). Tras permanecer tres años en la escuela militar maltesa, en 1768 regresó como caballero, y en 1774 entró en el regimiento de Royal-Piémont, en el que logró el grado de subteniente de caballería. Este alejamiento de la carrera naval fue momentáneo, porque poco después se unió a la armada española y participó en la infortunada campaña de Argel. A su conclusión pasó por primera vez a América con la ya mencionada expedición de Pedro de Cevallos y tomó parte en los hechos de armas de Santa Catalina y la colonia de Sacramento. En años posteriores, continuó reuniendo una impecable hoja de servicios, ya que participó en el sitio de Mahón y la reconquista de Menorca, y logró ascender a teniente de navío. En el inmediato sitio de Gibraltar actuó como segundo jefe de la batería flotante Talla Piedra, y más tarde se apoderó del barco corsario Elisa, de origen inglés; obtuvo entonces el ascenso a capitán de fragata.

En 1788, llevado por una ambición que nunca se molestó en disimular, Liniers obtuvo de Carlos III licencia para pasar a Montevideo, donde tomó contacto al año siguiente con algunos miembros de la expedición Malaspina. Con él pasaron al Nuevo Mundo su primera esposa, la malagueña Juana de Menviel, y su hijo Luis, que ingresaría en 1800 en la Armada. Tras ocuparse de mejorar las fortificaciones de Montevideo y aconsejar el

---

(4) GROUSSAC, P. *Santiago de Liniers, Buenos Aires*. Ediciones Estrada, S/E, p. 393; primera edición completa en 1907.

(5) GONZÁLEZ, J. C. (1946): *Don Santiago Liniers: gobernador interino de los treinta pueblos de las misiones guaraníes y Tapes, 1803-1804*. Buenos Aires, p. 7 y ss., sobre aspectos historiográficos.

reforzamiento naval, —«es axioma conocido que siendo dueños del mar lo somos de la tierra», señaló en aquella ocasión— ascendió en 1792 a capitán de navío. También emprendió por entonces junto a su hermano Luis, que acabaría dedicado al comercio, el espionaje, la trata negrera y el periodismo, el establecimiento de una fábrica de gelatinas y pastillas que acabaría por fracasar (6). Tras enviudar y contraer matrimonio de nuevo con la criolla María Martina Sarratea, hija de un acomodado comerciante, Liniers pidió al virrey Olaguer un nuevo destino militar, por lo que pasó al servicio del apostadero de Montevideo como comandante de las lanchas cañoneras que patrullaban el río de la Plata. Este cometido no cubría ni las expectativas sobre su propia valía ni las necesidades económicas de su numerosa familia, de modo que a fines de 1802 propuso al virrey del Pino que le nombrara para cubrir la vacante interina existente en el gobierno de las misiones guaraníes y Tapes. Allí, en el mundo fronterizo, maduró algunos de los rasgos más positivos de su personalidad y llevó a cabo una importante labor de organización del territorio, caracterizada por su vinculación al programa ilustrado: preocupación por la cantidad y estado sanitario de la población, promoción del desarrollo económico mediante la libertad personal y de contratación de los indígenas, y entrega de tierras en régimen de arrendamiento para que se propagara la idea de beneficio individual, de modo que «se adquirirían defensores en quienes el patriotismo tendría el estímulo del interés propio de defender sus propiedades» (7). Relevado a fines de 1804, tras enviudar de nuevo y acompañado de sus ocho hijos, Liniers se presentó en Buenos Aires, donde el virrey Sobremonte le destinó al mando naval en la ensenada de Barragán. En este nuevo escenario, se dedicó a la lucha contra el corso británico que asolaba el Plata y a la preparación de la defensa naval, entre insistentes y veraces rumores de una inmediata invasión del territorio.

Como se sabe, el proyecto de invasión británica había nacido de las andanzas conspiratorias de Francisco de Miranda, que junto a sir Home Popham había impulsado cerca del gobierno de Pitt la invasión de Nueva Granada y Venezuela, en donde el propio Miranda se proponía desembarcar y lanzar el grito de independencia. Los conspiradores también prepararon una operación secundaria, dirigida contra el desamparado y rico

---

(6) LOZIER ALMAZÁN, B. (1990): *Liniers y su tiempo*. Buenos Aires, Emecé editores, p. 30.

(7) LOZIER ALMAZÁN, B. (1990) p. 64.

virreinato del Río de la Plata, al que se pretendía atacar con una fuerza de 3.000 hombres, y al mismo tiempo que tropas traídas de la India –donde había terminado la guerra colonial– y Australia intentaban ocupar Valparaíso, Lima y Panamá. Los propósitos estaban claramente definidos; no se trataba de conquistar América del Sur, sino de promover su emancipación, aunque «la posibilidad de ganar todos sus puntos prominentes» había quedado abierta (8). El gran objetivo, obviamente, era abrir el mercado de la América Española al comercio británico, pero la puesta en marcha del ataque tuvo que esperar a comienzos de 1806, tras la conquista de Buena Esperanza de los holandeses. En febrero, la expedición británica supo de la victoria obtenida por Nelson en Trafalgar, y poco después de la derrota que Napoleón infligió a austriacos y rusos en Austerlitz. El momento había llegado. En abril el convoy naval partió hacia el río de la Plata, y el 20 de mayo la fragata *Leda* se presentó ante la fortaleza de Santa Teresa, en la Banda Oriental. El 11 de junio la flota completa se encontraba en las aguas del Plata, y Popham y Beresford diseñaron el plan de invasión. Aunque éste sostuvo la conveniencia de ocupar en primer término Montevideo, al contar con fortificaciones que permitirían la defensa en caso de una reacción de la población, Popham impuso el ataque directo e inmediato a Buenos Aires, donde el virrey Sobremonte se había distinguido más por su afición teatral que por impulsar los preparativos militares. Por fin, el 22 de junio los barcos británicos se dirigieron a Barragán. El virrey reaccionó y envió a defender la posición a Liniers, y dos días más tarde emitió un bando convocando a todos los hombres aptos para empuñar las armas a incorporarse en tres días a los cuerpos de milicias. Aunque en principio el desembarco no se concretó, en la mañana del 25 de junio la flota británica apareció frente a Buenos Aires en línea de batalla, y poco después 1641 soldados y oficiales desembarcaron en los bañados de Quilmes. Con la llegada del día, Beresford ordenó a sus tropas aprestarse para el ataque, que ejecutaron de manera ordenada sobre las fuerzas de defensa de Buenos Aires, integradas en su práctica totalidad por milicianos carentes de instrucción militar.

El «pícaro, vil cobarde e indigno» virrey, al decir de Juan Martín de Pueyrredón, resolvió emprender la retirada hacia el interior, a pesar de contar con fuerzas de caballería cercanas a 2.000 hombres. En Buenos Aires, las compañías de milicianos intentaban organizarse, y en el fuerte se

---

(8) LOZIER ALMAZÁN, B. (1990) p. 77.

reunieron jefes militares, oidores de la Audiencia, miembros del cabildo y el obispo. Poco después, Buenos Aires y sus 40.000 habitantes fueron entregados a los 1.600 británicos, que sólo habían sufrido la pérdida de un marinero. Sin embargo, la resistencia se organizó de inmediato. Liniers, que había retornado de Buenos Aires con la excusa de visitar a su familia, estudió la situación y se dio cuenta de que la reconquista debía partir de Montevideo, al requerir apoyo naval (9). Como en las últimas jornadas había permanecido al frente de la batería de la Ensenada, estaba libre del compromiso, impuesto a los soldados españoles capturados, de no tomar nuevamente las armas contra los británicos. Así, nueve días más tarde, y después de ponerse al tanto de los trabajos de resistencia que se organizaban en la ciudad, dirigidos fundamentalmente por los criollos, se dirigió a Montevideo, cuyo gobernador, Pascual Ruiz Huidobro, planeaba un ataque para expulsar a los ingleses. Beresford, entre tanto, dictó medidas liberalizadoras para atraerse a la población.

Liniers llegó a Montevideo –donde también se hallaba el destacado criollo Pueyrredón– el 16 de julio, y tras entrevistarse con Ruiz Huidobro, le ofreció sus servicios para encabezar la expedición de reconquista. Después de discutir la situación, decidieron que Pueyrredón regresara a Buenos Aires y reclutara gente en el campo para apoyar el desembarco de las fuerzas que, enviadas desde la Banda Oriental, mandaría Liniers. La acción libertadora se puso en marcha. En la capital virreinal, Beresford veía crecer la hostilidad de la población, la provisión de víveres se interrumpía y los negocios cerraban sus puertas. Ante el riesgo de que sus tropas quedaran atrapadas decidió retirarse hasta el puerto de la Ensenada, y disponer el reembarque. Poco después, mientras la columna de Liniers, compuesta inicialmente por 936 hombres, avanzaba desde Montevideo, las tropas que abandonaban Buenos Aires eran atacadas desde azoteas y balcones con fuego de fusilería. Popham y Beresford resolvieron embarcar esa misma noche en el muelle de la ciudad a los heridos, mujeres e hijos de los soldados, mientras la tropa se debía dirigir a Ensenada y embarcar de inmediato. El contingente de Liniers y el pueblo de Buenos Aires lograron impedirlo, y el 12 de agosto de 1806 se produjo la rendición británica. En palabras de Beresford:

---

(9) DESTEFANI, L. H. (1963): «La destacada carrera naval del jefe de escuadra don Santiago Liniers». Boletín del centro naval, vol. LXXXI, n.º 657, Buenos Aires, p. 15.

«El enemigo dirigió un fuego violento de fusil desde los techos de las iglesias y conventos que a pequeña distancia dominaban el fuerte y a las plazas, y a medida que era rechazado de las calles se intensificaba el fuego desde aquellos y desde las casas, que no solo era mas destructor para nosotros, sino también sin peligro para él [...]. Como ya una prolongación de la resistencia podía servir únicamente para aumentar el número de nuestros muertos y heridos y como en el caso de haber sido posible una retirada yo no pensaba en dejar que fuesen ultimados los numerosos heridos que yo tenía, resolví izar una bandera de parlamento» (10).

De ese modo Liniers se convirtió no solo en la primera figura militar del virreinato, y se hizo cargo de que los británicos derrotados tuvieran una derrota honrosa y «profesional», sino que asumió de manera práctica el mando político, acompañado de los miembros del cabildo, en la plaza mayor y ante los habitantes de la ciudad, y todo ello mientras el virrey Sobremonte, que «andaba errante como los indios» se refugiaba en Montevideo. Pero el panorama cambió de nuevo de modo drástico a comienzos de octubre, y no solo porque la derrota de Beresford y sus hombres no había implicado la retirada de Popham, que bloqueaba el puerto de Montevideo, sino por la llegada de naves británicas con un contingente de 2.000 soldados de refuerzo, al que se unieron poco después veinte barcos más. Comenzaba así, en enero de 1807, la segunda invasión británica del río de la Plata, que esta vez atacó con buena lógica Montevideo, la plaza de la que había surgido la ofensiva de reconquista. Los 5.000 soldados británicos arrollaron a las tropas mandadas por Sobremonte, que abandonó Montevideo y corrió de nuevo a refugiarse en el interior. Allí, como en Buenos Aires, se produjo una fuerte resistencia popular, pero el 3 de febrero las tropas británicas tomaron la ciudad, e hicieron prisionero al gobernador Ruiz Huidobro y cerca de 2.000 soldados.

Liniers procedió de manera inversa a la primera invasión, y se refugió en Buenos Aires para preparar la defensa, aunque esta vez hubo una gran novedad política. El 6 de febrero una junta de guerra tomó la decisión de deponer y arrestar al virrey por los cargos de «imperito en el arte de la

---

(10) LOZIER ALMAZAN, B. (1990): p. 104.

guerra y de indolente en clase de gobernador», al tiempo que pasquines anónimos pedían que lo sustituyera Liniers y amenazaban con degollar a los miembros de la audiencia en caso contrario. Con sensatez política, el organismo judicial depuso al virrey y otorgó a Liniers la comandancia general.

Entretanto, Montevideo se había convertido en una verdadera factoría inglesa. Cerca de 2.000 comerciantes instalaron allí su base de operaciones y fomentaron un activo intercambio clandestino. Para la mayoría de los rioplatenses no existía de todos modos, como señaló Manuel Belgrano, más que una alternativa: «tener el amo viejo o ninguno». La operación británica del segundo asalto a Buenos Aires comenzó el 28 de junio, con el desembarco de 8.000 hombres en la ensenada de Barragán. En Buenos Aires, Liniers pasó revista a sus tropas de milicianos, «patricios, jornaleros, artesanos y menestrales pobres», montañeses, catalanes, andaluces, asturianos, arribeños, migueletes, cazadores, gallegos y húsares, hasta un total de 8.000 soldados. Aunque en un principio una sorpresiva maniobra de los británicos logró separar sus fuerzas en los corrales de Miserere, los porteños se atrincheraron en las casas y azoteas, y descargaron sobre ellos una mortífera lluvia de balas, a las que sumaron «granadas de mano, frascos de fuego y hasta las armas plebeyas de piedras y ladrillos». El resultado fue devastador, y en lo que supuso un claro antecedente de la táctica de guerrilla y sitio de la inmediata guerra de independencia española, regimientos enteros fueron diezmados por las terribles descargas. Por fin, el 7 de julio concluyó el enfrentamiento, con la capitulación de Whitelocke, que incluyó la evacuación británica no solo de Buenos Aires sino de Montevideo, por imposición de Martín de Alzaga.

El triunfo personal de Liniers fue indiscutible, y su prestigio no hizo más que aumentar por su magnanimidad ante los nuevamente derrotados. A finales de 1807 fue nombrado caballero de Montesa y ascendido a brigadier de la Armada. Su protagonismo, sin embargo, pronto se vería oscurecido por dos hechos, el nombramiento de su futuro enemigo Francisco Javier de Elío como gobernador de Montevideo y su implicación personal en una escandalosa relación con Ana Perichón, la famosa perichona, que dio amplio cauce a rumores y acusaciones de favoritismo y corrupción (11). Es

---

(11) SALDUNA, H.: «Madame Perichón» (La perichona), amante del virrey Liniers, S/F, Buenos Aires, p. 64.

revolución de mayo, y la libertad de Argentina nació mancillada con la deshonra de una crueldad innecesaria.

#### IV

Frente a la intensidad trágica de la vida de Liniers, la moderada inteligencia y el ingenuo espíritu de conciliación mostrados por Baltasar Hidalgo de Cisneros, algunos de cuyos hechos fundamentales ya hemos referido, parecen de otra época. Nacido en Cartagena el 5 de enero de 1758, fue hijo del teniente general de marina Francisco Hidalgo de Cisneros y de Francisca Ignacia Ceijas y Aldas, de origen gallego (16). Sentó plaza de guardiamarina el 3 de marzo de 1770, navegó por Europa y América y tomó parte en la expedición de Argel de 1775, ascendiendo a alférez de navío al año siguiente. Tras participar en actividades corsarias, y en el ataque a Gibraltar logró sus ascensos sin retrasos. Por fin, se halló en los combates del cabo de San Vicente el 14 de febrero de 1797, y en Trafalgar, a bordo del navío *Santísima Trinidad*, el 21 de octubre de 1805. Allí fue herido de gravedad y hecho prisionero, por lo que los ingleses le llevaron a Gibraltar y poco después le devolvieron la libertad. Por esta acción ascendió a teniente general el 30 de noviembre, y a continuación se trasladó a Cartagena de Levante a reponerse. Poco después, con el estallido de la guerra de independencia, fue nombrado vicepresidente de la junta de la ciudad y capitán general del departamento. Es posible que la probada frialdad que había mostrado en aquella ocasión explique su nombramiento por la junta suprema el 23 de febrero de 1809 como virrey del Río de la Plata, aunque con ello también se pretendió eliminar la peligrosa rivalidad entre Buenos Aires y Montevideo, que se personificaba en la enemistad entre Liniers y Elío.

Al fin, Hidalgo de Cisneros se radicó primero en Montevideo, donde logró el reemplazo de Elío por Vicente Nieto en la gobernación y la disolución de la junta oriental. En Buenos Aires la atmósfera, como hemos visto, era muy tensa, y se discutía la legitimidad de su designación. A pesar de su falta de fuerza militar en comparación con la de los orgullosos grupos militares criollos que recientemente habían derrotado a los ingleses, de su ne-

---

(16) HENARES DÍAZ, F. (1996): *Baltasar Hidalgo de Cisneros, virrey (un cartagenero en el río de la Plata)*. Cartagena, Editorial Troquel, p. 9.

cesidad de contar con mayores ingresos y del creciente antagonismo entre españoles y criollos y entre Montevideo y Buenos Aires, se esforzó por practicar un gobierno eficiente y moderado. Aunque reprimió la revolución de La Paz de 1809, amnistió a los conspiradores bonaerenses, extendió la enseñanza, promovió una reforma militar que amplió el espacio de poder de los criollos y permitió el comercio con naciones que no estuvieran en guerra con España, duplicando el ingreso aduanero. Por fin, como hemos visto, hizo frente como pudo al famoso cabildo abierto del 22 de mayo de 1810, y aunque dos días después se mantenía como máxima autoridad fue destituido por los líderes criollos, con el apoyo de la fuerza militar. Así, el 22 de junio fue embarcado en un barco británico en el que arribó a las Canarias el 4 de septiembre y finalmente llegó a Cádiz el 19 de julio de 1811. No fue, ni mucho menos, el final de su carrera. Nombrado comandante general del departamento de Cádiz en 1813, ministro de Marina y director general de la Armada en 1818, fue designado en comisión capitán general de Cádiz, con la misión de preparar la expedición reconquistadora del Río de la Plata que por entonces se planeaba y acabaría protagonizando el levantamiento de Riego. Por fin, los constitucionales de 1820 le arrestaron y no le liberaron hasta que el rey juró la Constitución. Inmediatamente se trasladó a Madrid, y fue nombrado consejero de Estado. En 1821 se trasladó a Cartagena, de cuyo departamento fue nombrado capitán general por el absolutismo restaurado en 1823. Su muerte en 1829, acaecida a tardía edad por «un dolor de costado», constituyó en una época de semejantes convulsiones una muestra de auténtico talento.